

Swarthmore College

Works

Psychology Faculty Works

Psychology

1994

Towards A Postmodern And Post-Western Psychology

Kenneth J. Gergen

Swarthmore College, kgergen1@swarthmore.edu

Follow this and additional works at: <https://works.swarthmore.edu/fac-psychology>



Part of the [Psychology Commons](#)

Let us know how access to these works benefits you

Recommended Citation

Kenneth J. Gergen. (1994). "Towards A Postmodern And Post-Western Psychology". *Psyche*. Volume 3, Issue 2. 105-113.

<https://works.swarthmore.edu/fac-psychology/910>



This work is licensed under a [Creative Commons Attribution 3.0 License](#).

This work is brought to you for free by Swarthmore College Libraries' Works. It has been accepted for inclusion in Psychology Faculty Works by an authorized administrator of Works. For more information, please contact myworks@swarthmore.edu.

ARTICULOS

Hacia una Psicología postmoderna y postoccidental^{1, 2}

KENNETH J. GERGEN*

Resumen

La investigación psicológica necesariamente procede sobre la base de supuestos para los cuales no hay fundamentos. Estos supuestos enmarcan tanto los problemas a resolver como los medios a través de los cuales ellos son abordados. En términos generales, la Psicología del siglo veinte ha tenido como supuestos la racionalidad individual, el ordenamiento racional del universo y el lenguaje como vehículo para reflejar el universo. Sin embargo, un amplio espectro de trabajos recientes ha cambiado la concepción modernista en este campo. Los argumentos postmodernos trasladan el foco desde la racionalidad individual hacia las relaciones interpersonales, ven el universo como socialmente construido y entienden el lenguaje no como reflejo sino como acción en sí misma. Se examinan las implicancias que ello tiene para la teoría psicológica, la metodología y la acción social en las culturas.

Abstract

Psychological inquiry must necessarily proceed on the basis of assumptions for which there are no foundations. Such assumptions frame both the problems to be solved and the means by which they are to be approached. For the most part, 20th century psychology has been based on the presumptions of individual rationality, a rationally ordered cosmos, and language as a vehicle for reflecting this cosmos. However, a broad array of recent scholarship has challenged this, the modernist conception of the field. Postmodern arguments shift the center of rationality from the individual to relationships, see the cosmos as a socially constructed, and view language not as reflection but action in itself. The implications for psychological theory, method, and social action within and across cultures is examined.

INTRODUCCION

Si yo fuera actor (y tal vez lo soy) y ésta fuera una obra de teatro (y tal vez lo sea), el escenario debería retratar visualmente dos conceptos interrelacionados: tiempo y espacio. Moverse en el tiempo es, al menos en forma metafórica, distanciarse uno mismo del pasado; moverse en el espacio es, en la mayoría de los casos, también moverse en el tiempo. Los conceptos comparten,

asimismo, la afinidad de marcar una diferencia. Cambio, variación y diferenciación son catalogados tanto temporal como geográficamente; nosotros cambiamos con el tiempo, diferimos en nuestra posición en el espacio. Con nuestra realidad de "aldea del mundo" —expandiéndose— todos estamos altamente sensibilizados ante estos conceptos. Y, como disciplina, estamos bordeando el límite del siglo, una demarcación temporal de cierta significación. La ciencia sistemática de la

¹ Conferencia dictada en el XXIV Congreso Interamericano de Psicología, Santiago, Chile, 1993.

² Traducido del inglés por Irmgard Jacob.

* Psicólogo, Ph.D., Profesor del Department of Psychology, Swarthmore College. Dirección: 500 College Avenue, Swarthmore, Pennsylvania, 19081-1397, U.S.A. E-mail: kgergen1@cc.swarthmore.edu

psicología está cumpliendo (o ha cumplido, dependiendo de la ubicación geográfica) un siglo de crecimiento y desarrollo. Es, sin duda, el momento apropiado para una autorreflexión, para evaluar nuestros esfuerzos y considerar nuestro futuro. ¿Debemos presionar para lograr una Psicología que sea diferente del pasado? También estamos agudamente conscientes del espacio, del hecho que en nuestros orígenes abarcábamos el hemisferio. Llegamos a la Psicología con diferencias significativas e importantes. ¿Deberán ser éstas reconciliadas, integradas o ignoradas? ¿Cómo debemos tratar las diferencias que nos separan?

Propondré aquí que en el siglo pasado el campo de la Psicología estaba ligado a una enorme negación tanto del tiempo como del espacio. En ambos casos la disciplina aspiraba a trascender los límites, para alcanzar una dimensión universal y eterna. Al hacerlo, no solamente hemos limitado drásticamente nuestro potencial como profesión sino que, en el peor de los casos, hemos sido una fuerza destructiva en los asuntos humanos. Propondré que, admitiendo tanto el tiempo como el espacio en nuestros conceptos y prácticas, localizaremos fuentes de enriquecimiento para el futuro y maximizaremos las posibilidades de prácticas humanitarias y de un mundo viable.

LA PSICOLOGIA COMO UN CUENTO DE MISTERIO

Déjenme empezar con una historia sobre nosotros mismos que, como psicólogos, nos hemos contado por mucho tiempo. Es una historia con raíces importantes en la Filosofía Iluminista. En su traducción al siglo veinte, ésta retrata la profesión como generadora de conocimiento fundamental, es decir, transhistórico y universal. Esta historia es convincente, en parte, porque es una autojustificación; es un cuento que provee a los psicólogos de un sentido de propósito intrínseco. Sin embargo, y enfocando mi presente tesis, también nos desafía como una historia de misterio. Comienza con un "algo" misterioso y desconocido y promete una revelación última a través de la cual lo conoceremos. Los secretos desconocidos son aquéllos referidos al funcionamiento individual. Y, para revelar los misteriosos engranajes de la mente, nos fortalecemos a través de conocidos métodos de investigación. Nos apoyamos en métodos de estudio empíricos para sondear las profundidades de la mente y reemplazamos el velo de la ignorancia por un espejo de conoci-

miento, desempañado de valores, motivos o sentimientos personales. Para sustentar estos esfuerzos, para proveerlos de fundamentos racionales, nos hemos apoyado en "conocimientos" de la filosofía de la ciencia. Como nos han enseñado los filósofos, al confiar en la lógica del método podremos movernos por siempre hacia adelante. Tendremos epifanías de comprensión, en las que una introspección al estilo de Copérnico nos moverá más allá de un Ptolomeo, o un Einstein verá más profundamente dentro del universo que un Newton. En efecto, hemos experimentado un siglo donde hemos explorado lo desconocido —la vida mental del individuo— armados con los conocimientos del método y de la metateoría filosófica.

Es principalmente sobre la base de esta historia que hemos producido amplias bibliotecas de lo que creemos es conocimiento psicológico, hemos construido edificios, creado programas educacionales y fijado estándares para la publicación y la difusión. Sin embargo, miremos más de cerca esta historia, sus exigencias tanto a la ignorancia como al conocimiento. ¿Es cierto que somos ignorantes respecto de la manera como funciona la mente? Porque, si fuéramos realmente ignorantes, si realmente fuera un misterio, entonces, ¿cómo podríamos presumir de que existe un mundo de la mente a ser explorado y respuestas a ser reveladas? ¿Sobre qué fundamentos podríamos seleccionar métodos para develar estos secretos, o creer que los filósofos tenían algo relevante que decir al respecto? Considérenlo más de cerca: si comenzamos con supuestos *diferentes* sobre el funcionamiento de la mente, favoreceremos métodos distintos, y nos inclinaremos a extraer información de apoyo de sectores diferentes de la filosofía o de otras disciplinas. Si creemos en la experiencia fenomenológica como el ingrediente central del funcionamiento humano, entonces favoreceremos métodos cualitativos y se hará imperativa la lectura de Husserl o de Heidegger. Si partimos con la acción voluntaria como el misterio fundamental, entonces se evade la sola idea de capturar la esencia humana a través de la metodología y somos atraídos por los escritos de Sartre o de Charles Taylor. Solamente cuando asumimos que estamos dotados de mecanismos mentales universales, modelados por la herencia y reactivos a las contingencias ambientales, es que parecen relevantes los métodos experimentales, y la filosofía empiricista llega a ser un recurso racionalizador.

Revirtamos los dominios del conocimiento y la ignorancia y consideremos las implicaciones de una historia muy diferente. Hemos comenzado

nuestras exploraciones del funcionamiento individual comprometidos de antemano con la idea de lo que es esencial; armados con esta preestructura empezamos a explorar "aquello desconocido", para desarrollar métodos, construir instituciones, establecer prácticas y expandir nuestras bibliotecas. Los supuestos sobre la mente, entonces, operaron como *preestructuras preliminares* que hicieron aparecer comprensible el resto de nuestras actividades como psicólogos —investigación, terapia, propuestas de políticas a seguir, etc.—. De este modo, hemos —engañosamente— pretendido ser ignorantes del funcionamiento de la mente, ya que, una vez comprometidos con una preestructura dada, sólo existen ciertos métodos que pueden ser considerados dignos para la tarea y ciertas proposiciones que cuentan como conocimiento. Todo el resto aparece como mal informado o contrario.

Si esta contrahistoria parece razonable, entonces nos confrontamos con un enigma profundo. No podemos proceder a practicar la Psicología sin una preestructura de supuestos. ¿Pero cómo seleccionaremos dentro de una gama de posibles preestructuras? No podemos apelar al conocimiento cuando seleccionamos una visión sobre otra acerca del funcionamiento humano, porque, como hemos visto, uno no puede proceder a generar conocimiento sin una cantidad de supuestos ya presentes. ¿Estamos, entonces, volando "sobre la sentadera de nuestros pantalones" sin fundamentos, sin base, sin ningún argumento fehaciente sobre una teoría, método o metateoría superior a otra? ¿Podemos simplemente tener cualquier teoría de la mente que queramos, y es la batalla entre escuelas psicológicas simplemente una cuestión de verdad impuesta por medio de la tiranía?

La respuesta a tales preguntas es "sí" y "no". En principio, no existe límite al rango de formulaciones razonables sobre la acción humana y ninguna razón de principios para preferir una sobre la otra. Es posible que exista una multiplicidad de conceptualizaciones en competencia y, de hecho, existe; y no hay una razón trascendente (una razón que no necesite, a su vez, de una razón) para gobernar entre ellas. Sin embargo, en la práctica nuestras posibilidades conceptuales están bastante disminuidas. Estamos reducidos a sólo un puñado de teorías y sus correspondientes métodos y metateorías. Esto es principalmente así —yo planteo— porque nuestra profesión está imbuida dentro de un contexto más amplio de significados culturales. Logramos nuestra comprensibilidad como ciencia solamente porque compartimos los significados de una cultura ge-

neral y hemos tenido éxito en suministrar "conocimiento" a esta cultura, en gran parte, porque nuestros puntos de vista hacen sentido en los términos de los conocimientos ya existentes. (Decir a alguien que él posee motivos castorianos y poluxianos, por ejemplo, sin ser capaces de explicar con palabras comunes cuáles son esos motivos, constituiría, en el mejor de los casos, una comunicación malograda y, en el peor, un sinsentido total).

Es este último argumento el que fija el escenario para el resto de esta presentación. Porque la tesis que quiero desarrollar es que el aún infante siglo de la ciencia psicológica ha adquirido su conocimiento desde varios discursos mayores de la cultura. Estos discursos —o textos culturales— le han dado intelegibilidad y fuerza persuasiva a los textos propios de la Psicología. Caracterizaré este conjunto de textos como *modernistas*. Luego de explorar estos discursos claves del *Zeitgeist* modernista, quisiera dar consideración a varios discursos emergentes en la cultura, específicamente aquellos que puedan ser identificados como *postmodernos*. Tal como propondré, si la Psicología pretende superar su infancia —para evitar transformarse en una curiosidad cultural—, entonces deberá acomodarse a los discursos emergentes. Desde mi punto de vista, esta acomodación requerirá que nos relocalicemos tanto en el tiempo como en el espacio, vale decir, en la historia y la cultura. Ello invitará a una transformación radical en la concepción del funcionamiento humano y a una importante reconceptualización de métodos, razonamientos y prácticas³.

LOS TEXTOS DEL MODERNISMO

Hay muchas historias que contar sobre el modernismo cultural, pero me limitaré aquí solamente a una de ellas. Es una historia con comienzos importantes en el Iluminismo (el resurgimiento desde las edades "oscuras" o "medievales"), un período en el cual los trabajos de filósofos, tales como Descartes, Leibniz, Locke y Kant, ponían términos sofisticados a concepciones emergentes acerca del individuo y el cosmos. Es una historia que, con algunos rodeos significa-

³ Debería agregar que la presente conferencia puede ser solamente una introducción a estos temas. Para una discusión adicional, véanse mi libro *El Yo Saturado* (1991), junto con el libro editado por Steiner Kvale (1992), *Postmodern Psychology*; y a Christlieb, (1991a).

tivos (por ejemplo, el Romanticismo del siglo XIX), continúa hasta el siglo actual. Los supuestos del Iluminismo, entonces, están presentes actualmente en el compromiso modernista con la ciencia, con el fundacionalismo empiricista y con las grandes narrativas del progreso científico y cultural. A continuación me referiré a tres temas recurrentes que exigen una atención particular.

La racionalidad individual como centro

Como podemos ver en forma retrospectiva, el Iluminismo fue una vertiente histórica, principalmente debido a la dignidad que otorgaba a la mentalidad individual. Para los pensadores del Iluminismo ya no fue necesario someterse incuestionablemente ante la fuerza totalitaria de un dogma real o religioso, por cuanto dentro de cada uno de nosotros —se argumentaba— hay una soberanía confinada y sagrada, un dominio gobernado por nuestras propias capacidades individuales de observación cuidadosa y de deliberación racional. Es solamente *mi* propio pensamiento —proponía Descartes— el que suministra un fundamento seguro para todo lo demás.

Es esta valorización de la mente individual del siglo XVIII la que sirve como el principal medio de racionalización para los comienzos de una Psicología sistemática del siglo XIX. El efecto aquí es doble: primero, a nivel de la investigación, la mente individual se convierte en un objeto preeminente de estudio, y, segundo, a nivel institucional, el conocimiento de la mente es considerado un subproducto de las mentes individuales de los investigadores científicos. Si la mentalidad individual es la fuente de toda conducta humana, entonces develar los secretos del proceso mental es ganar control sobre toda acción humana. Es también el investigador individual, dotado de las capacidades de observación y de racionalidad, el que está mejor equipado para tales estudios. Estos supuestos continúan marcando a la investigación psicológica. Como sostenemos ahora, al revelar el funcionamiento de esquemas cognitivos, del almacenamiento y la recuperación de información, de las emociones, los prejuicios, y así sucesivamente, el científico individual mejora nuestras capacidades de predicción y control. Armados con el conocimiento científico de estos procesos fundamentales podemos derivar procedimientos para el cambio terapéutico, la educación pública, el control del crimen, etc. En efecto, es a través de la investigación del científico sobre los estados mentales del individuo que nos podremos encaminar progresivamente hacia una sociedad ideal.

La racionalidad del universo

Si son los procesos específicamente racionales los que se celebran, entonces debemos proponer un universo susceptible a ser comprendido racionalmente. O, puesto más sintéticamente, el compañero perfecto para una mente racional es un mundo racional. Es en este aspecto que los trabajos iluministas de figuras tales como Isaac Newton y Francis Bacon son de tan crucial importancia. Pues, como sus escritos lo demostraron tan convincentemente, si consideramos el universo como de naturaleza material y presumimos relaciones causales eficientes entre todas las entidades materiales —en efecto, un universo fundamentalmente mecánico—, entonces podemos avanzar enormemente en nuestra capacidad de predicción y control. Es, por cierto, la precisa determinación de la composición del mundo y las relaciones causa-efecto entre sus constituyentes lo que definiremos como conocimiento. Nuevamente, estos puntos de vista del siglo XVIII fueron más tarde insertados en los escritos sobre la vida mental del siglo XIX (por ejemplo, en los trabajos de Wundt y Titchener). Ellos continúan actualmente reverberando en supuestos ampliamente compartidos, tales como que los procesos mentales están esencialmente basados biológicamente, que están relacionados de una manera causal con los insumos ambientales, por un lado, y con las consecuencias conductuales, por el otro, y que el método experimental es superior a todos los otros para captar estas relaciones.

El lenguaje como reflexión

Existe un tercer texto modernista que alimenta las historias tradicionales de autojustificación del psicólogo. En comparación con las historias sobre el conocimiento individual y el cosmos racional, ésta es de menor significación. Sin embargo, demostrará ser un punto crítico cuando nos movamos al contexto postmoderno. El énfasis, en este caso, está puesto en la función del lenguaje, tanto en la ciencia como en la cultura en general. John Locke captura el punto de vista iluminista del lenguaje: Nuestras palabras —de acuerdo a Locke (1937)— son “signos externos de concepciones internas”. Ellas representan “marcas para las ideas dentro de la mente (del individuo), que posibilitan que éstas puedan ser dadas a conocer a otros; y los pensamientos de la mente humana (sic) puedan ser transferidos de uno a otro”. Y es esta manera de ver el lenguaje, como una expresión exterior de una mentalidad interior, la que ha sido transmitida a través de los siglos, modelando

la Psicología según el patrón modernista. Sus influencias son dobles. Dio lugar a una tradición de investigación largamente estimada que busca clarificar la relación entre lenguaje y mente. Nos preguntamos: ¿está la estructura del lenguaje determinada por una estructura anterior de la mente? y/o ¿son las convenciones del lenguaje existentes las que determinan el carácter del proceso mental? Adicionalmente a la determinación de un dominio de contenido, la visión modernista del lenguaje también influye en nuestras prácticas científicas. Como científicos, consideramos al lenguaje como la principal manera para informar a nuestros colegas y a nuestra cultura sobre los resultados de nuestras propias observaciones y pensamientos particulares. En efecto, usamos el lenguaje para informar sobre la naturaleza del mundo (específicamente, del mundo mental) en tanto podamos verificar su carácter.

LAS VOCES EMERGENTES DEL POSTMODERNISMO

Como hemos descubierto, estos tres temas modernistas —el énfasis en los atributos de la mente individual, en un universo racional y comprensible y en el lenguaje como un medio de expresión individual de lo conocido— son las piedras angulares de la ciencia psicológica en su siglo inicial. Sin embargo, hagamos una pausa para considerar nuestras reacciones a este recuento. Es posible que ustedes, así como yo, experimenten un cierto aburrimiento con esta historia: “¿los viejos clichés recitados otra vez?” Y este aburrimiento quizás esté teñido de un cierto sentimiento de desagrado irritante, un sentimiento como “bueno, es más complicado que esto, pero si discutimos con Gergen no podremos proseguir con nuestro trabajo”. Y, para algunos, ¿no habrá un poco de remordimiento nostálgico en los límites de su conciencia, un sentimiento de pérdida de “los buenos viejos tiempos” cuando podíamos confiar verdaderamente en nuestro progreso como ciencia y sociedad? Admito que estas reacciones —aburrimiento, irritación y nostalgia— no son específicas a los supuestos de la Psicología modernista. Más bien, son comunes a un rango amplio de instituciones, ideologías y mitos que componen el modernismo cultural. ¿No rondan sentimientos de aburrimiento, irritación y nostalgia en nuestros recuerdos de los grandes planes económicos (como aquéllos perseguidos por estados comunistas o socialistas), del crecimiento ilimitado de las empresas, de los programas educativos homogéneos, por ejemplo?, ¿acaso no

colorean nuestros recuerdos de la arquitectura moderna, del expresionismo abstracto y de las organizaciones mammut? y ¿no nos dan una tregua cuando escuchamos sobre “la sabiduría de las cortes judiciales”, “los paneles de expertos” y “un mejor vivir por medio de la química”; todos subproductos del romance occidental con la racionalidad individual y el orden cósmico? Jürgen Habermas (1983) resume esta sensibilidad común: “el modernismo es lo dominante, pero está muerto”.

Las críticas a la Psicología modernista —y al modernismo cultural— hace ya tiempo que están con nosotros. Tales críticas, lentamente, han dado paso a la transformación; muchos sienten ahora que, tanto intelectual como culturalmente, el paisaje ha comenzado a cambiar. El carácter y las dimensiones de este cambio han estado sujetos a amplios debates. En el mundo intelectual, muchos ven una interconexión estrecha entre los principales desarrollos de la teoría literaria (en particular, la teoría de la deconstrucción y la teoría de la respuesta del lector), el movimiento de estudios retóricos, el desarrollo de la historia de la ciencia y la sociología del conocimiento, el movimiento de estudios sobre la mujer y el cambio hacia un currículo multicultural; cada uno de los cuales tiene supuestos inestables y una larga tradición práctica.

Entre los que se interesan por el tema del cambio cultural, hay muchos que ven un paralelismo entre estos movimientos del mundo académico y la explosión más general de las tecnologías de la comunicación, la expansión de la comercialización, la aceleración de los cambios estilísticos y la tensión emergente entre el movimiento hacia el orden mundial, por un lado, y el intenso regionalismo político y étnico, por otro. Más que explorar con mayor detalle estas diferentes facetas y sus interconexiones, déjenme concentrarme brevemente en tres temas principales de la transformación postmoderna. Cada uno de éstos está vinculado con uno de los textos centrales del modernismo, expuestos anteriormente.

De la racionalidad individual a la comunal⁴

Mientras la fe en la racionalidad individual se sitúa en algún lugar cercano al centro de la visión

⁴ El término “communal” (inglés) fue traducido con la palabra “comunal” en lugar de “comunitaria” para evitar una asociación estrecha con un área específica de la Psicología, cual es la Psicología Comunitaria. De este modo, se espera dar cuenta del sentido más general en que el término es utilizado por el autor (*Nota de la Editora*).

mundial modernista, los textos del postmodernismo consideran el concepto de racionalidad individual tanto vacío como opresivo. Su vacío es demostrado con mayor claridad por los movimientos literario y retórico. Expresado sintéticamente, estos movimientos desafían el supuesto modernista que nuestro lenguaje es la expresión de nuestros pensamientos. Tal como ellos proponen, el lenguaje es un sistema en sí mismo, un sistema que precede y sobrevive al individuo. Por lo tanto, hablar como un agente racional es participar de un sistema ya constituido; es pedir prestado a los idiomas existentes, es apropiarse de las formas de hablar (y de la acción correspondiente) que ya están establecidas. O bien, para expresarlo más ampliamente, "hacer racionalidad" es participar de una forma de vida cultural. Según lo que agregan los retóricos al respecto, la discusión sistemática no habilita a una forma superior de procesamiento racional a ganar por sobre una inferior, sino que ello resulta del ejercicio de habilidades y estrategias retóricas particulares. En efecto, no existe ningún actor individual racional (o *logos*) escondido tras el argumento racional. La racionalidad es un ejercicio discursivo.

El potencial opresivo de la visión modernista acerca de la racionalidad individual se hace más evidente en las críticas feministas y multiculturales. Como proponen estas críticas, existen jerarquías de racionalidad dentro de una cultura y, en general, en el mundo. Algunos individuos y culturas se consideran más racionales y, por lo tanto, más merecedores de liderazgo, *status* y riqueza, que otros. Resulta interesante ver que los que ocupan estas posiciones sistemáticamente provienen de un sector muy pequeño de la población. En efecto, los argumentos iluministas —al mismo tiempo de ser efectivos en destronar el poder totalitario de la corona y la cruz— actualmente levantan nuevas estructuras de poder y dominación. Y, si el ejercicio de racionalidad es, después de todo, un ejercicio de lenguaje; si las descripciones y explicaciones convincentes son, después de todo, constituidas retóricamente, entonces, ¿sobre qué bases se justifica una forma de racionalidad, descripción o explicación sobre otra? Y, ¿no serían tales justificaciones —si fueran ofrecidas— otro ejercicio similar de persuasión retórica? En efecto, las jerarquías existentes, la exclusión sistemática de ciertas voces de las salas del poder —ya sea en Psicología, en la cultura o en el mundo en general— son injustificables y opresivas.

Sin embargo, tal como yo lo veo, las expresiones postmodernistas nos llevan mucho más allá de la crítica. Porque, cuando estas diferentes ideas son combinadas con los nuevos argumentos

de la historia de la ciencia y la sociología del conocimiento, emerge un punto de vista alternativo de la racionalidad humana, uno mucho más prometedor, tanto para la Psicología como para la cultura. Consideren una vez más el sistema del lenguaje. El lenguaje es inherentemente un subproducto del intercambio humano. No puede haber un "lenguaje privado" (siguiendo a Wittgenstein, 1963), porque tener un sistema de símbolos exclusivo para uno mismo no tendría ningún sentido. O bien, como nosotros los psicólogos diríamos, tal lenguaje sería una forma de autismo, posiblemente un síntoma esquizofrénico. Un lenguaje viable, entonces, depende de la cooperación comunal —"la acción conjunta" (en los términos de Schotter, 1980)— de dos o más personas. Hacer sentido es un logro comunal. Ahora bien, si ser racional es sobre todo un logro del lenguaje (y/o de las acciones coordinadas), tal como ha sido propuesto previamente, entonces la racionalidad es inherente y necesariamente una forma de participación comunal. El ser racional no es, por tanto, un ser individual sino una participación comunal o cultural. Yo no puedo lograr racionalidad como actor individual sino solamente a través de la cooperación y apoyo de ustedes, y viceversa.

El universo construido

Para los modernistas, el universo simplemente está (o se puede asumir que está) ordenado racionalmente. Dentro de los textos del postmodernismo no existen fundamentos para tal afirmación. El universo no es ni ordenado ni caprichoso. Lo que "el universo" sea, es esencialmente impronunciable. Porque los conceptos "ordenado" y "caprichoso" son ellos mismos constituyentes de sistemas de lenguaje. Hablar, entonces, del "mundo material" y de "las relaciones causales" no es describir lo que existe sino participar en un género textual, es extraer algo del inmenso depósito de dichos que constituyen una tradición cultural particular. O bien, para ampliar mis aseveraciones introductorias, ver a los seres humanos como constituidos por mecanismos universales (cognitivos, emocionales, etc.), sistemáticamente relacionados con antecedentes ambientales y consecuencias del comportamiento, no es una derivación a partir de "casos"; más bien, esta concepción dominante en Psicología es la consecuencia de una tradición particular de la literatura, específicamente occidental. Es una visión que no puede ser demostrada o refutada a través de la observación; más bien, ella precede a la observación y le da inteligibilidad.

Estos argumentos están ampliamente representados en los textos postmodernistas del construccionismo social. Actualmente, los escritos construccionistas sociales están emergiendo a lo largo de todo el espectro académico, siendo la Psicología solamente uno de los participantes en este diálogo (véase Gergen, 1985; Christlieb 1991b). Tales escritos son emancipatorios y descriptivos. En su función emancipatoria, destacan varios aspectos del mundo-dado-por-supuesto, como, por ejemplo, la existencia de una "guerra de drogas" o de una "carrera espacial", la distinción entre los géneros, la existencia de la enfermedad mental o la adicción, y tratan de demostrar su carácter socialmente construido. Intentan demostrar, como nos recordaba Gregory Bateson, que "el mapa no es el territorio", y así nos liberan de la garra de las inteligibilidades tradicionales; invitan a formulaciones alternativas, a la creación de nuevas y diferentes realidades. En su rol expositivo, tales escritos también tratan de elucidar los procesos por medio de los cuales se crean diferentes racionalidades y realidades. Nos sensibilizan para participar en la constitución de nuestro mundo, enfatizando, así, nuestro potencial para el cambio comunalmente organizado.

El lenguaje como acción

Como vemos, para los postmodernistas el lenguaje no es el hijo del proceso mental sino de la acción cultural. Asimismo, nuestras descripciones del mundo no son para el postmodernista expresiones exteriores de un espejo interno, es decir, reportes sobre nuestras "observaciones" o "percepciones" privadas. En el ámbito científico esto equivale a decir que lo que informamos en nuestras revistas y libros no es un espejo o mapa que en alguna forma corresponda a nuestras observaciones sobre lo que existe. Pero, si se abandona el punto de vista modernista sobre el lenguaje como un recurso representacional, ¿de qué manera podrá ser reemplazado? Es en los últimos trabajos de Wittgenstein —quien, junto con Nietzsche, con frecuencia es considerado un precursor significativo del postmodernismo— donde debe hallarse la respuesta principal. Tal como lo propuso Wittgenstein (1963), el lenguaje adquiere su significado no a partir de sus coordenadas mentales o materiales, sino a través de su uso en acción. O bien, enfatizando de nuevo el lugar significativo de la interrelación humana, el lenguaje adquiere su significado al interior de formas organizadas de interacción —o "juegos de lenguaje", como Wittgenstein las llamó—. Aquí, "decir la verdad" o "reportar nuestros recuerdos" no es en-

regar un cuadro potencialmente exacto de "lo que realmente pasó", sino que es participar de un conjunto de convenciones sociales; es una "manera de ver las cosas" establecida dentro de una "forma de vida" determinada. "Ser objetivo" es actuar de acuerdo a las reglas de una determinada tradición de prácticas sociales. Expresado más ampliamente, esto quiere decir que el lenguaje para el postmodernista no es un reflejo desde y hacia un mundo exterior sino una constitución de mundo. El lenguaje no versa sobre la acción sino que es la propia acción. Hacer ciencia, entonces, no es ponerle un espejo al mundo sino participar activamente dentro de la cultura.

LA PSICOLOGIA EN EL CONTEXTO POSTMODERNO

Los discursos postmodernos actualmente reverberan en las humanidades y las ciencias. Dentro de las ciencias humanas, y más notablemente en la Antropología, la Sociología, en los estudios organizacionales, los estudios sobre la mujer y los estudios culturales, los principales efectos son ampliamente evidentes. En este aspecto, la Psicología ha sido la más aislada de las disciplinas. El intento de remover todos los estímulos extraños en los experimentos, todos los ruidos contaminantes de nuestros laboratorios, en cierto modo se refleja en nuestra resistencia a la polución desde el *ethos* intelectual. Sin embargo, hay señales que advierten sobre la contaminación dentro de la Psicología; la conmoción es particularmente evidente dentro de las esferas terapéuticas, del desarrollo, organizacionales, feministas y también teóricas y filosóficas. (Y es más evidente en los países de Latinoamérica y Europa, investidos de una mayor intelectualidad, que en América del Norte). Desgraciadamente, el espacio es insuficiente para discutir estos desarrollos en detalle. En vez de ello, en las páginas siguientes deseo explorar lo que para mí son las tres características generales de una Psicología modelada por los discursos del postmodernismo. Específicamente, consideremos el concepto que tiene la Psicología sobre la persona, su concepción sobre los métodos y su rol dentro de la sociedad en general.

Como sabemos, la concepción modernista del funcionamiento humano, tan ampliamente descrita en los textos de Psicología, es la del "individuo autocontenido" (en términos de Sampson, 1977), es decir, una racionalidad limitada; que opera sobre la base de mecanismos universales, biológicamente basados; y sistemáticamente responsivo a los antecedentes ambientales. Con la información

de los diálogos del postmodernismo, esta concepción ya no puede ser viable. Los diálogos postmodernistas nos llevan en dos direcciones alternativas, una general y otra específica. A nivel general, el postmodernismo tiene el efecto de relativizar, cultural e históricamente; rechaza lo fijo y lo hegemónico, en favor de un abierto pluralismo. Restaura tanto el tiempo como el espacio —historia y cultura— a la práctica psicológica. Invita a generar múltiples concepciones del funcionamiento humano, representativas de diversas investiduras intelectuales e ideológicas, pertenencias étnicas y realidades culturales. La sola idea de una Psicología de “corriente principal” o de un “positivismo unificado” (Staats, 1991) es sospechosa, al guiar, como lo hace, hacia el imperialismo, la miopía y la inflexibilidad.

Esto no solamente pretende abrir la Psicología al rango completo de conceptualizaciones occidentales —pasadas y presentes— sino también abogar por una apertura completa de las puertas a las Psicologías no-occidentales —a los discursos del *karma* de la India, *amae* del Japón o *Sung* para los Ifaluk. Y ello no porque tales conceptos sean “igualmente ciertos” —el tema de la verdad objetiva ya no es el punto—, sino, más bien, porque a medida que generamos nuestros discursos —nuestros medios para construir el *self* y el mundo— expandimos nuestros recursos culturales, nuestras capacidades para la acción y nuestro potencial para la coordinación en la “aldea del mundo”.

Al mismo tiempo que los textos del postmodernismo favorecen un pluralismo generalizado, también invitan a una transformación específica de nuestras concepciones sobre el funcionamiento humano. Como hemos visto, en la corriente postmoderna no es el individuo quien precede lo social sino al revés. Los sistemas de significado cultural preceden al individuo y, por cierto, es sólo dentro de las convenciones lingüísticas de una cultura determinada que un concepto tal como el de “agente racional” se vuelve inteligible. Se invita, entonces, a una formulación de la conducta humana que sitúe lo relacional e interdependiente de lo humano en el centro del interés.

Hay señales que esta transformación desde el individuo autocontenido al ser relacional está ocurriendo actualmente en Psicología. Esta aparece, por ejemplo, en el énfasis que da Gilligan (1982) a la ética socialmente negociada, en oposición a la formulación de Kohlberg sobre la ética autodeterminada; el renacimiento de Vygotsky en la Psicología evolutiva, la difusión del pensamiento sistémico en los dominios terapéuticos y organizacionales, el interés candente en la cognición culturalmente enmarcada (Markus & Nurius,

1986), el movimiento de relaciones íntimas en Psicología Social, el libro de Bruner (1991), *Acts of meaning*, y el matrimonio entre la Psicología Comunitaria y la Psicología Social en varios contextos latinoamericanos. Más radicalmente, un puñado de psicólogos está trabajando actualmente en pos de una importante reformulación de los procesos psicológicos tradicionales en términos relacionales. Así, por ejemplo, mantener una actitud sería ocupar una posición particular en una conversación (Potter & Wetherell, 1987), poseer una identidad sería jugar un rol en una relación dada (Davies & Harre, 1990), tener una emoción es conducirse apropiadamente en una danza o escenario relacional (Gergen & Gergen, 1988) y poseer una memoria es actuar de acuerdo con las reglas socialmente negociadas sobre lo que cuenta como historia (Middleton & Edwards, 1990). En efecto, no se puede hacer una distinción en este caso entre actividad psicológica y cultural. Actuar psicológicamente es actuar como un ser cultural.

¿Qué se puede decir de la metodología en el marco postmoderno? En principio, dado que el pensamiento postmoderno socava la idea que el lenguaje es portador de la verdad, también desafía la idea tradicional que los métodos rigurosos sean esenciales para la producción de proposiciones útiles. Una de nuestras contribuciones principales a la vida cultural, en el marco postmoderno, debería ser la creación de lenguajes o inteligibilidades útiles: metáforas, narrativas y lógicas para la liberación y el enriquecimiento de las relaciones. Excepto en aquellos pocos casos en los que la predicción actuarial es esencial, la investigación resulta importante, principalmente como un recurso pictórico o retórico, que da un sentido de realidad al mundo que construimos. La perspectiva sobre los métodos ofrecidos también es pluralista, y es bienvenida una expansión vital en las formas metodológicas. Tal como nosotros expandimos el espectro teórico, abriéndolo a un conjunto más amplio de expresiones, así también deberíamos anticipar un enriquecimiento de las posibilidades metodológicas. Además, a la luz del foco relacional de muchos escritos postmodernos, también podríamos acoger las concepciones relacionales en metodología —dialógica, participativa, prácticas multiexpresivas—, en las cuales no trabajamos en miras a una sola verdad (como en la tradición empírica) sino en pos de una expansión de realidades inteligibles.

Este interés por los métodos también debería ir acompañado de un aumento de las habilidades de representación. Actualmente, estamos debilitados como psicólogos por una variedad de con-

venciones literarias que hacen que nuestros trabajos sean, en el mejor de los casos, inaccesibles y, en el peor, aburridos e irrelevantes para el resto de la cultura. Si no nos podemos comunicar efectivamente con nadie, salvo con nosotros mismos, entonces somos una carga para nuestra cultura y no un recurso. Este desarrollo de habilidades debería extenderse, asimismo, más allá de lo literario, para incluir, por ejemplo, la cinematografía, el arte y la poesía. Una Psicología comprometida culturalmente debería tener muchas voces para hablar.

Finalmente, es necesario prestar brevemente atención al lugar que ocupa la Psicología en la sociedad. Dentro de la tradición modernista, la Psicología operaba como una fuente de conocimiento básico, desde el cual otros (no científicos o profesionales prácticos) hacían derivaciones hacia circunstancias específicas. El flujo de información iba desde la disciplina "hacia abajo", desde la clase erudita hacia la desinformada. Desde el punto de vista postmoderno, esta formulación modernista es autocongratulatoria, engañosa e ineficaz. En cambio, podríamos mirar la disciplina en forma óptima, enmarcada en una relación de diálogo dentro de la cultura. Si queremos mantener viabilidad como disciplina, si queremos aportar significativamente a la vida cultural, debemos ser oyentes tanto como oradores. Y la forma de escuchar debe ser una específica: no estratégica sino relacional. Al escuchar en forma estratégica, oímos sólo aquello que nos permite extender o reforzar las posiciones que ya sustentamos. Al escuchar en forma relacional, estamos dispuestos a ser cambiados, ampliados o transformados por el otro. Las implicancias que esta visión tiene para la investigación científica, la terapia y la práctica educativa son enormes y dignas de una intensa exploración.

Más allá de lo dicho, como disciplina debemos estar preparados para evaluar los efectos de nuestras aseveraciones sobre la vida cultural. Como hemos visto, las concepciones de la Psicología sobre la persona, junto con sus concepciones sobre el método y la práctica, se insertan en las construcciones culturales, afectando, así, las prácticas culturales. Cuando hablamos de las personas como mecanismos computarizados, como fundamentalmente reprimidas, como manejadas biológicamente, etc., estamos suministrando imágenes de amplia ramificación. Tales formulaciones son en sí mismas acciones culturales, políticas e ideológicas y merecen nuestro escrutinio cercano y continuo.

En conclusión, la Psicología contemporánea es profundamente modernista en su racionalidad y

sus prácticas. Como tal, intenta trascender la historia y la cultura. Pero, en vez de hacerlo, graba lo universal con un discurso peculiarmente occidental y peculiarmente elitista. Mientras el modernismo pierde su poder —al movernos hacia el campo de lo postmoderno— podemos tener la esperanza de ver florecer perspectivas múltiples, una articulación avanzada de la existencia relacional, una profusión de metodologías y una relación más enriquecedora e intensa con la ecología de nuestro mundo.

BIBLIOGRAFIA

- Bruner, J. (1991). *Acts of meaning*. Cambridge: Harvard University Press.
- Christlieb, P.F. (1991a). La postmodernidad como el fin de la seriedad y su individuo. *Investigación Psicológica*, 1, 111-130.
- Christlieb, P.F. (1991b). *El espíritu de la calle, psicología política de la cultura cotidiana*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Davies, B. & Harre, R. (1990). Positioning: the discursive production of selves. *Journal for the Theory of Social Behaviour*, 20, 43-63.
- Gergen, K.J. (1985). The social constructionist movement in modern psychology. *American Psychologist*, 40, 266-275.
- Gergen, K.J. (1991). *The saturated self*. New York: Basic Books. Traducido al español como *El yo saturado, dilemas de identidad en el mundo contemporáneo*. Barcelona: Paidós.
- Gergen, K.J. & Gergen, M.M. (1988). Narrative and the self as relationship. En L. Berkowitz (Ed.), *Advances in experimental social psychology*, 21. New York: Academic Press.
- Gilligan, C. (1982). *In a different voice*. Cambridge: Harvard University Press.
- Habermas, J. (1983). Modernity - an incomplete project. En H. Foster (Ed.), *The anti-aesthetic: essays in postmodern culture*. Townsend, WA: Bay Press.
- Kvale, S. (Ed.) (1992). *Postmodern psychology*. London: Sage.
- Locke, J. (1937). *Essays concerning human understanding*. New York: Doubleday.
- Markus, H. & Nurius, P. (1986). Possible selves. *American Psychologist*, 41, 954-969.
- Middleton, D. & Edwards, D. (Eds.) (1990). *Collective remembering*. London: Sage.
- Potter, J. & Wetherell, M. (1987). *Discourse and social psychology*. London: Sage.
- Sampson, E. (1977). Psychology and the American ideal. *Journal of Personality and Social Psychology*, 35, 767-782.
- Schotter, J. (1980). Action, joint action and intentionality. En M. Brenner (Ed.) *The structure of action*. Oxford: Blackwell.
- Staats, A.W. (1991). Unified positivism and unification in psychology: fad or new field? *American Psychologist*, 46, 899-912.
- Wittgenstein, L. (1963). *Philosophical investigations*. Oxford: Blackwell.

